

Papel para escribir

Dos veces Alicia

ALBALUCÍA ÁNGEL

Secretaría de Cultura y Alcaldía de Pereira, 2019, 165 pp.

EN UNA entrevista concedida en 2015 con motivo de la reedición, por parte de Ediciones B, de su novela *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*, Albalucía Ángel afirmó que toda su obra constituye una gran catarsis por el dolor colombiano: un dolor colectivo. De hecho, *Estaba la pájara...* fue considerado, desde su aparición, un texto fundamental sobre la violencia en el país. Y ese peso de dolor está presente, de manera tamizada, desterritorializada, también en *Dos veces Alicia*. Aunque en realidad, lo que más llama la atención en el caso de esta novela, publicada en 1972 y ahora reeditada por la Secretaría de Cultura de Pereira, su ciudad natal, es que Ángel parece querer recordarnos por encima de todo la validez de aquella intuición fundamental de Schiller —o, en el contexto de las letras hispanas, de Ortega y Gasset— sobre la dimensión estética y antropológica fundamental del juego.

Para ello, la autora pone en marcha artefactos enrevesados y brillantes, pero nunca superfluos, desde una actitud plenamente lúdica, pero también totalmente lúcida, consciente, deliberada. Sus incursiones por los meandros de la imaginación y los juegos de palabras son divertidas y excitantes, pero no frívolas. Hay en ello siempre una medida, un trabajo, un esfuerzo de precisión incluso en el desbordamiento: “Si me concentro entonces de seguro que la historia resulta. Si me aplico, si trato juiciosamente de adquirir la disciplina, el buen gusto, el oficio, etc., y demás” (p. 14), dice la narradora. En todo ello, Ángel parece reivindicarse plenamente heredera de Lewis Carroll, de su sentido del *nonsense* y sus juegos del lenguaje. Y de sus Alicias. No en vano, la frase que encabeza esta novela está directamente extraída de *Alicia a través del espejo*: “Let’s pretend” es la invitación, casi traviesa, que Albalucía Ángel lanza a quien la lea, justo antes de empezar.

Más allá de su experimentación formal y su capacidad para desdibujar los contornos de la realidad para luego redibujarla y hacer surgir nuevos planos de existencia, *Dos veces Alicia* parece pivotar, por un lado, entre lo que una escritora observa en la pensión en que se encuentra alojada (así como en las calles y jardines que la rodean), y por otro, el mundo narrativo en el que se halla inmersa, en el que habita Alicia, donde hay gente que grita: “¡QUE LE CORTEN LA CABEZA!”, y hay conejos blancos con sombrero de copa. Pero no se trata simplemente de la coexistencia de dos planos narrativos paralelos, como los dos lados de un espejo (el espejo de Alicia). Se trata, sobre todo, de lo que va ocurriendo en los espacios cóncavos y convexos donde ambas se fusionan, se entrelazan y contaminan mutuamente. “Es el mundo del espejo y entonces no siempre decir lo que significa algo es significar lo que decimos”; aunque, al mismo tiempo, “hacer que las palabras resulten anti-palabras o las cosas anti-cosas no es la solución a nada” (p. 59). No basta con

eso. El experimento debe llegar más allá.

La crítica ha señalado como uno de los principales objetivos de *Dos veces Alicia* el de llevar a cabo un asalto al lenguaje para despojarlo de sus lastres y, al mismo tiempo, activar de algún modo parte de sus potenciales inexplorados, mediante una combinación única de lo fantástico y lo cotidiano que poco tiene que ver con las fórmulas más conocidas del “realismo mágico” (a pesar de que Ángel haya sido a menudo catalogada como una de las “escritoras olvidadas del Boom”). La fórmula empleada en esta novela por la autora de *Misía señora* y *Las andariegas* se articula, en palabras de la profesora Gloria Orozco-Allan, a través de una reapropiación del lenguaje como expresión simbólica por excelencia, que recurre al uso de técnicas literarias con potencial para subvertir incluso el propio texto desde el que son desplegadas, mediante una lógica de la multiplicidad capaz de reventar la linealidad sin caer en la incoherencia, construyendo un diálogo único entre el espacio subversivo de lo imaginario y el discurso de lo posible.

Y es que, como decíamos anteriormente, el carácter lúdico del texto y su entrega al placer no están exentos de densidad. “Mejor comienzo a escribir en serio” (p. 15), se dice a sí misma, al principio de la novela, la protagonista. *Dos veces Alicia* no es en absoluto ajena a la crítica social: carga contra el racismo —“apostarí cien contra uno que si Charles fuera blanco, de ojos claros, y en lugar de un par de bluyines y una camisa se vistiera con traje de flanel, otra hubiera sido la historia del tenedor y del cuchillo” (p. 24)— y tiene también una evidente mirada feminista —proyectada sobre “mujeres-gatas al acecho, mujeres-samuráis” (p. 15), mujeres combativas, “de ambiciones tomar, de diccionario en ristre” (p. 56)— que la emparenta con otras destacadas autoras colombianas de su generación como Marvel Moreno (ambas nacidas en 1939).

Otro interesante rasgo compartido por estas dos escritoras es su trayectoria vital y narrativa a caballo entre Colombia y Europa. Si Moreno pasó sus últimas décadas en París, y allí ambientó su novela póstuma *El tiempo de las Amazonas*, Ángel estudió en Roma y en la Sorbona, sufrió un grave accidente (casi mortal) en Madrid y, sobre todo, ambientó su primera novela, *Los girasoles en invierno* (1970), también en París, y *Dos veces Alicia* en Londres.

De sus obras novelescas, la autora dijo que en la primera volcó toda su manera de ser libre, y en la segunda, su locura. Y esta particular locura cristaliza aquí en un universo de escritura —“¿tienes un pedazo de papel? ¿Papel para qué? Para escribir. Escribir qué. Un verso” (p. 32)—, encarnada a la vez en la protagonista, que parece andar siempre cargada “con máquina y escritijos” (p. 43). Pero *Dos veces Alicia* es también, consecuentemente, un universo de lectura, y de libros —“libros y librotos” (p. 41), “libros de contabilidad, gigantescos” (p. 43), libros de ciencia ficción, “la montaña de libros que arruma en un rincón de su cuarto” (p. 47)—. Porque si bien “hay gente que se muere sin haber dicho todo lo que pensó” (p. 44), la narradora de la novela no tiene ninguna duda sobre su ambición: “Yo voy a escribir un libro que dejará a todos patitiosos” (p. 36).

No cabe duda de que Albalucía Ángel logró eso y más con las novelas que lanzó en los años setenta y ochenta, y no cabe duda de que esas obras tienen la potencia suficiente para seguir descolocando y atrapando a quien se acerque a sus páginas medio siglo después de su primera aparición. Se trata, efectivamente, de una figura literaria que merecería un mayor reconocimiento más allá de su país de origen, por lo que cabría vaticinar que esta reedición de *Dos veces Alicia* “no es ni mucho menos el final del cuento. En cierto modo, sería más bien el principio” (p. 60).

Sergio Colina Martín